

JOSÉ JOAQUÍN PÉREZ Y GASTÓN F. DELIGNE EN EL PANTEÓN NACIONAL.

**Mariano Lebrón Saviñón.
Presidente de la Academia Dominicana
de la Lengua.**

De los tres llamados “Dioses Mayores de la poesía dominicana” (Salomé Ureña de Henríquez, José Joaquín Pérez y Gastón Deligne), Pérez, fue el auténtico representante de los romanticismo en la República Dominicana.

Vivieron en épocas de turbulencias y los tres, lejos de las pasiones políticas que les lastran la vida y estragan el sentimiento, hicieron una acendrada labor patriótica, a través de sus versos y de sus vidas.

Salomé Ureña se quedó en un elegante y noble neoclasicismo, que se remanisaba en Quintana y el Gallego, y Deligne, a quien la admiración de sus contemporáneos llamó “Príncipe de la Poesía Dominicana”, llegó a incursionar, aunque se resistiera a aceptarlo en el *modernismo*, cuyas ráfagas renovadoras nos llegaban a través de la personalidad egregia y poderosa de Rubén Darío y de sus acólitos.

El *romanticismo*, en cambio, que nos trajera Juan Pablo Duarte desde Europa, y fue pálido que hacer de los trinitarios, estaba presente todavía en el alba del siglo XX, aunque tímido y vacilante es José Joaquín Pérez quien le da esplendor.



¿Qué es el romanticismo?

Fue, en esencia, pasión, melancolía, dolor, amor desgarrante; fue exaltación del alma, inquietud tempestuosa de la vida. Pero era también afán de libertades y brillante crisol de nobles y mágicas instancias.

El bosque romántico se colmó de trinos, glisando de arpas en el cremar del agua entre las guijas y resplandor violento de pasiones amorosas.

Hegel y otros filósofos coetáneos relacionan el romanticismo con el sentimiento cristiano, al separar lo clásico del ideal romántico cristiano; vale decir, el ideal mitológico del sentimiento cristiano.

Este carácter de la libertad está bien especificado por los mismos románticos, con sus palabras y con sus gestos.

Mariano José de Larra decía:

“Libertad en literatura, como en las artes, como en el comercio, como en la conciencia. He aquí las divisas de la época...”

Y Víctor Hugo:

“El romanticismo no es otra cosa el liberalismo en literatura”.

Por eso los románticos fueron conspiradores, como Espronceda y defensores ardientes del ideal de libertad como Lord Byron.

“El romanticismo, entre otras cosas, significó un despertar del nacionalismo religioso y también, por lo menos en los pueblos hispánicos, un remozamiento de los modos añejos y un nuevo encausamiento de la literatura y el arte por los canales de la tradición. España vuelve al romance, a la caballería y hasta a una nueva valorización del moro: y América, con Zorrilla de San Martín y José Pérez exaltó un recuerdo sentimental del indio de la conquista.



El duque de Rivas dice: “el romanticismo —afán de lejanía— canta los héroes de la edad media. El romance es, por tanto, metro idóneo”.

¡Fue, entonces, el romanticismo —como se ha dicho— una enfermedad o algo de eso. En él se hizo presente la melancolía, con una patológica ansia de soledad. Y también en sus principios por lo menos, se hizo trágico con la epidemia de Werther el mal del siglo, que tantas tribulaciones llevó al alma de Goethe.

Díaz Plaja nos da el ejemplo con Larra:

“En otro lugar —nos dice— hago notar el error de considerar a Larra como escritor político cuando afirma, por ejemplo, que *escribir en España es llorar*; el mundo ideal para el escritor es París. Y lo dice por las fechas en que Alfredo de Vigni escribe en su *Diario* que el público francés detesta la poesía y sólo quiere Vaudevilles”.

“No —refuta— escribir en España no es llorar: Ser romántico sí que es llorar: Y llorar de soledades desiertas, sin patria y sin eco, vivir fuera del mundo en una geografía brumosa y una historia desvaída pero el mundo real existe: Son los molinos y los borregos en torno a Don Quijote (héroe de moda romántica), las calles sucias y la miseria nacional en torno a Fígaro y el choque sólo de esa espantosa soledad que conduce a la locura y a la muerte”. Uno de los temas del romanticismo europeo, uno por lo menos, exaltado por Juan Jacobo Rousseau en su *Contrato Social* y Chateaubrand en *Atala*, es el del hombre ingenuo y bondadoso, de vida paradisíaca en un mundo virginal, tema que parte de España. Y es el hombre del Nuevo Continente, nuestra América, quien da pábulo a toda una literatura, a través de las apasionantes descripcio-



nes de la feraz naturaleza del trópico, en el Diario y las cartas de Colón, cosa apuntada oportunamente por Joaquín Balaguer en su ensayo. “*Colón precursor literario.*”

José Joaquín Pérez se hace exponente de esta tendencia a través de sus *Fantasías Indígenas*, donde canta al taíno y al caribe, con pasión ardosa y sincera admiración dolida. El perteneció a una generación en la que la poesía, aunque lírica, tenía un carácter esencialmente patriótico.

A este propósito dice Max Henríquez Ureña:

“El tema de la patria en la formación de sus anhelos, sus esperanzas y sus desventuras, es el que primero cautiva la inspiración de los poetas dominicanos”.

Su primer libro de poemas fue la oda *La industria agrícola* (1882) y luego escribió sus *Fantasías Indígenas*, nostalgia de la raza quisqueyana, tema muy romántico y que resultó un gran momento de la poesía de Santo Domingo, cuando aparecían como estériles: en su rezago; nuestros soslajados horizontes poéticos. Aquí encontramos algunos de los poemas fundamentales de nuestro romanticismo. El Sr. Pérez dice Apolinar Tejera versifica siempre con garbo; fluidez y galanura”. El tema indígena es fundamental en José Joaquín Pérez. Ulteriormente prologó el drama *Iguanioma*, de Javier Angulo Guridi, publicado tardíamente, pues fue escrito en 1867, mucho antes de que Pérez escribiera sus *Fantasías* en 1877. Puede decirse que Guridi —y no Pérez— es el impulsador de la literatura indigenista en Santo Domingo, tema muy caro a los románticos hispanoamericanos. Testi-



monio de este aserto es la profusa literatura que, culminando con el poema *Tabaré* del uruguayo Juan Zorrilla de San Martín y el *Enriquillo*, Novela histórica del dominicano Manuel de Jesús Galván, se publicó en aquella época. Punto de partida de esta corriente puede ser el Poema “*En busca del último Inca*”, del colombiano José Antonio Caro que data de 1835.

Detrás de Pérez muchos poetas dominicanos abordaron el tema, tales Salomé Ureña en su poema *Anacaona* (1800) y Gastón Deligne, quien relata poéticamente, en versos sonoros, *El suicidio de Maireni* (1885). La nota más sonora en la poesía de José Joaquín Pérez es la patriótica y en ella fulgen su poesía del destierro. Nadie en el exilio cantó tan honda y sentidamente la patria como este romántico. No imprecó. No es la cólera lo que le incita a cantar, sino el ansia de los sueños y la vocación de dulces y desgarrantes recuerdos y por eso en sus *Ecos del Destierro*, ante que odio y maldiciones dolorosos de iracundia insensata, escuchamos dolosos clamores de nostalgias. Pero el regreso a la patria le despierta tales himnos de perennales alegrías que dudamos de que alguien antes de él pudiera traducir en nuestra América, tantos estremecimientos de dicha. Además, con su paleta brillante se asoma al calor, a la luz de su patria con sus paisajes y todo lo que hay de entrañable en la protuberante naturaleza de la isla donde le tocó nacer. Paisaje y color, acendrado patriotismo y dolores de heridos, nostálgicos son temas muy románticos y Pérez los agotó con vehemencias pasionales. Muchos de esos versos fueron musicalizados por nuestros trovadores. Entre las canciones más populares de José Joaquín Pérez figura *A ti*, que comienza.



*Tiende la noche su manto lóbrego,
reina en silencio la soledad.*

Con el ritornelo.

Tu pobre bardo que piensa en ti.

De sus poemas trovadorescos empieza:

*Venga a ver si en mi ausencia guardaste
el amor que al partir te confié.*

Raudo Saldaña puso música de vals a ocho versos de un presunto areito.

*“Dicen que tienen tus ojos
reflejos de tempestad,
relámpagos que iluminan y
hacen las sombras temblar.
Pero al fijarlos en mí con
lánguida vaguedad, miro en
mi dicha brillar.”*

En los últimos años —a partir de 1880— el lírico de *Fantasías Indígenas* alcanza intensidad y vastedad poéticas, al asomarse, con piadosa ternura a las miserias del mundo.

Ya en sus últimas innovaciones de *Contornos y Relieves*, parece que han llegado al poeta ráfagas del premodernismo: son nuevas sus imágenes, atrevidas y teñidas con una fuerza descriptiva propia de un panteísmo poético que le hace extasiarse.

*“en las hojas del árbol que resucita
en los hijos del hombre que se transforma.”*

Pero no se extingue su pasión romántica que se refleja en sus versiones de poemas de Thomas Moore a veces más paráfrasis que verdaderas traducciones.



Las obras completas de Pérez se han recogido en tres gruesos volúmenes: *La Lira*, compilación hecha por Federico Henríquez y Carvajal y publicada en 1928 (muy profusa por cierto), así como las selecciones de Carlos Federico Pérez para la Universidad Nacional Pedro Henríquez y de José Alcántara Almánzar para la Sociedad de Bibliófilos.

La muerte puso fin a sus días en su ciudad natal el 6 de abril de 1900. Ante su tumba el fogoso orador Eugenio Deschamps dijo: “José Joaquín, en la altura tempestuosa del poder, me parece una flor derramando aromas”

Otra cosa fue Gastón Fernando Deligne. Pedro Henríquez Ureña, nuestro egregio humanista, justo y ponderado, nos refiere con qué tremante expectación se aguardaba la aparición del libro de Delignes Galaripsos, que será, a la postre solariega producción del poeta más respetado y admirado de nuestro ámbito:

“con aquella ansiedad temerosa —nos dice— si llena de esperanzas que encendía a los jóvenes atenienses cuando se anunciaba el arribo de Logia o de Protágoras, con aquel apasionado interés que ponía Goethe adolescente en espera de la Repatriación de Winhelmann, con aquel devoto empeño que mostraban los simbolistas franceses porque Mallarne formulara el resumen de sus doctrinas estéticas, se aguardaba en un mundo literario pequeñísimos, diminuto (me refiero al grupo individual de mi país, Santo Domingo) la aparición de un libro de poesías, la obra de un poeta, no por tímido y oscuro menos digno de regir los coros en las solemnidades de la victoria, mejor acasa, de discurrir sobre la belleza a la margen del Iliso”.



Y al referirse a sus versos, enfatizaba:

“...hagamos en “*Galaripsos*” nuestra propia selección; formemos la serie armónica, libre de inútil hojarasca que, comenzando en *Angustia* y *Mairení*, llega en escala ascensional hasta *Entremés olímpico* y *Ololoi*, y tendremos al poeta íntegro, real y magnífico”.

Cuando Gastón asoma, elegante y bueno, en el panorama de nuestra poesía, en el mundo hispánico se yergue triunfal y orientador, Bécquer con la dulcedumbre de su melancolía y su tristeza; y también Campoamor, filósofo de lo cotidiano vulgar iluminado con magistral acierto; y avanzan, “ante los muertos horizontes de la poesía dominicana”, Salomé Ureña, con su neoclacismo emulador y José Joaquín Pérez derramando su romántico lirismo desbordado, de todos toma algo Deligne, lo que no le es sombrancero, y avanza un poco más de cerca cauteloso —aunque se enterca en negarlo— a los prados pródigos y perfumados de Rubén.

Entonces deja atrás con desdeñosa ternura, su patriótica ingenuidad, lo que Pedro Henríquez llama “momentáneas trivilidades”, como ese *Arriba el Pabellón* tan popular, y nos da como gema de inesperados quilates, su elegante *Entremés olímpico*.

Gastón, como Pérez, como todos los poetas que integraron el círculo vehemencial de nuestros románticos naufragó en el inquieto mar de los sollozos perdidos, de las angustias tremantes, de las pesarosas desilusiones, pero a diferencia de nuestros modernistas no sucumbió en el abismo de los aspavientos eróticos. Más bien Deligne, ahogado por la mano de su cultura, vecina al humanismo, se enfrascó en la aventura del poema sicológico —que lo aleja de las simplicidades



de Campoamor— y que es género único en América.

Véanse los ejemplos: *Angustias*, *Soledad*, *La aparición*, *Confidencias de Cristina*, *Aniquilamiento*, *Mairení*, *En el bolado*, *¡Muerta!*, y en este aspecto superó con mucho al propio don Ramón de Campoamor, que entonces, momentáneamente, deslumbraba al mundo hispánico.

La nota más sonora de la poesía de Deligne es la patriótica y vibra, en él, vigorosa y pura. El tenía pleno derecho de hablar recio, por la dignidad de su vida, por la altura de su moral, por su paradigmática actitud ante las desdichas de su patria. Su canto llega en momento oportuno y toca a la puerta de las conciencias. Se oyen en sus versos el ondear de la bandera, el bramido de nuestro mar bravío, el sonoro trinar de nuestros bosques y el claror auroral de nuestros amaneceres.

Lo notable en él es su sentido de la ética, su alta moral, su fe patriótica y el vibrante discurrir de sus aguas poéticas. Poemas suyos, como *Confidencias de Cristina* y *Aniquilamiento*, donde habla un escéptico mancebo hindú, que va a buscar la paz del alma hundiéndose en el nirvana revelan el espíritu superior de quien escribe. No obstante su escepticismo, su seriedad y la austera serenidad de sus versos, se descubre en Deligne al romántico que vive su época de plenitud. Por eso en su libro *Galaripsos* vienen algunas tradiciones de conocidos románticos, como *El Silfo*, de Víctor Hugo, que es en realidad, una paráfrasis en la que Deligne da nueva vida al poema; *Núbil*, y *Bucólica* de Andrés Chénier, y *La hora del pastor*, de Paul Verlaine.

De todas maneras Gastón Deligne es entre nuestros poetas el que gozó de mayor prestigio y aprecio



general. De ahí el que muchos sigan creyendo que es el verdadero “príncipe de la poesía dominicana.”

Hoy, José Joaquín Pérez y Gastón Fernando Deligne pasan a formar parte de la constelación de héroes yacentes en el Panteón Nacional. Vienen aquí porque son héroes de la dignidad y del civismo. No vienen a sumergirse en las aguas espesas del olvido sino a difundir el óleo maravilloso de su recuerdo hacia la vida. La vida después de la muerte se llama eternidad. Porque como dice Rilke, el poeta de Praga, en la primera de sus *Elegías del Duino*: el héroe nunca muere, su postrer caída es sólo pretexto para existir.

